OPINIÓN

Vivir del arte. Más que una anomalía contemporánea, una dificultad histórica

Por Nieves R. Méndez · 20 de abril de 2026 · 5 min de lectura



Vivimos rodeados de arte. La música que escuchamos, las películas y series que vemos, los museos que visitamos, las imágenes que compartimos e, incluso, las ciudades que habitamos han sido diseñadas por artistas. **Entonces, si podemos decir que la cultura forma parte de nuestra vida cotidiana de manera constante, ¿por qué sigue siendo tan difícil vivir del arte?**

Probablemente porque rara vez cuestionamos las condiciones materiales y facultades intelectuales en que se produce. **Existe una idea muy extendida sobre el carácter vocacional de las carreras artísticas que lleva a muchos profesionales a seguir creando aunque no haya ingresos, estabilidad ni reconocimiento económico.** Resulta curioso que esto no se aplica a casi ninguna otra profesión. Nadie esperaría que un médico o un arquitecto trabajara gratis porque su profesión sea su pasión. Esto nos lleva a una realidad incómoda: cuando el trabajo artístico se interpreta solo como vocación, deja de reconocerse como trabajo.

Ahora bien, la dificultad de vivir del arte no es un problema reciente ni una excepción, sino una constante estructural en la historia de la cultura moderna. Figuras relevantes del canon occidental fueron presas de la marginalidad social que incorporó la creatividad como una exigencia permanente al mismo tiempo que debilitaba las condiciones necesarias para sostenerla como un trabajo estable.

Artistas como Oscar Wilde o Rembrandt murieron endeudados pese a su reconocimiento, Vincent Van Gogh murió en la indigencia tras haber vendido un solo cuadro en vida, Miguel de Cervantes atravesó graves dificultades económicas que le llevaron a la cárcel en distintas ocasiones y Franz Kafka sostuvo su producción literaria mientras trabajaba como funcionario público. Todos estos casos no representan anomalías biográficas sino, más bien, una condición histórica.

A lo largo de los siglos, la práctica artística ha dependido fundamentalmente de distintos sistemas de patronazgo vinculados al clero, la corte o la aristocracia, hasta que, con la llegada de la sociedad burguesa del 1800s, el artista dejó de depender de un mecenas concreto para pasar a depender del mercado cultural. **Como explicaría Pierre Bourdieu en "Las reglas del arte", la modernidad trajo consigo la autonomía simbólica del artista, pero también su inseguridad material.** Esta transformación dio lugar, con el tiempo, a la tipificación de una figura moderna del creador: un artista independiente, incomprendido y socialmente marginado, un "extranjero en la sociedad", como lo describiría Charles Baudelaire en "Las flores del mal", al que se le exige una producción constante incluso cuando no se le garantiza un sustento.

En la actualidad, esta condición ha adquirido un sentido un tanto dramático con la expansión tecnológica, que ha transformado de forma radical la circulación de las obras culturales. En este sentido, la reflexión de Walter Benjamin en "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica" resulta útil para comprender esta paradoja**. La democratización del acceso a la cultura, intensificada, sobre todo, tras la pandemia; ha ampliado su circulación social pero también ha alterado la relación entre obra, autor, receptor y sustento económico.** Una relación que ha llegado a deprimirse aún más con la aparición de otros creadores, de tipo aficionado y/o autodidacta, que muchas veces compiten de forma desleal contra los artistas profesionalizados convirtiendo así la experiencia estética más que en una práctica social sostenida colectivamente, en un consumo sistemático e irresponsable.

El resultado se expresa como una paradoja evidente, y es que **nunca ha existido una sociedad con tanta producción cultural, tantos creadores ni tantos medios de difusión disponibles, y, sin embargo, pocas veces ha sido tan difícil sostener la práctica artística**. En este sentido, la pregunta que deberíamos plantear no es por qué los artistas profesionales no pueden vivir del arte, sino qué modelo social determina qué formas de trabajo merecen reconocimiento, estabilidad y protección. Como señala Antonio Gramsci en "Cuadernos de la cárcel", todos los individuos participan de la producción intelectual, pero no todos ocupan una posición social que permita ejercerla con su reconocimiento.

Hoy en día los artistas profesionales dependen de los mercados culturales, las plataformas digitales y los sistemas de visibilidad para difundir y comercializar su obra. Se trata de un círculo difícil de modificar ya que se enfrentan a una red compleja de instituciones, agentes y dinámicas de mercado que determinan su legitimación cultural. Los mercados del arte, las ferias, los festivales, las galerías y los coleccionistas, tanto públicos como privados, ocupan un papel central como intermediarios decisivos entre la producción artística y su visibilidad pública. Lejos de ser espacios neutrales de difusión, estos dispositivos funcionan como filtros que organizan qué obras circulan, cuáles adquieren valor simbólico y económico, y cuáles permanecen al margen. En muchas ocasiones, los artistas profesionales enfrentan el desafío añadido de tener que relacionarse con agentes culturales cuya prioridad es únicamente recuperar la inversión realizada, al tiempo que deben competir con creaciones generadas mediante inteligencia artificial por creadores no profesionalizados.

Debemos dejar de pensar en el arte como un accesorio y otorgarle el valor que realmente posee, reconociendo al artista profesional en sí mismo, al margen de su contexto, origen o nivel socioeconómico, como un agente esencial dentro de la sociedad. Sus formas de expresión construyen memoria cultural, permiten comprender de modo crítico la realidad y amplían la sensibilidad colectiva. Su trabajo no es solo estético, sino también simbólico y social,

ya que contribuye a generar imaginarios compartidos y a cuestionar lo establecido. Por ello, re**sulta de vital importancia reivindicar su voz desde la organización y la colectividad gremial como vía fundamental para ordenar el sector y regular su práctica desde el propio ámbito profesional.**

> ***Nunca han sido los artistas tan necesarios como hoy, ni tan frágil y contundente su reconocimiento.***

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/vivir-del-arte-mas-que-una-anomalia-contemporanea-una-dificultad-historica
Descargado el 21 de noviembre de 2026.